



El Caligrafiti como espiritualidad social

Dídac P. Lagarriga

(Traducción del artículo publicado en catalán en el Diari Ara, 10/08/2014)

En el mundo islámico, donde la caligrafía ocupa un lugar privilegiado, los usos actuales de este arte refinado se han vivido como una continuación ininterrumpida a lo largo del tiempo. Esto no quiere decir que se haya estancado en una mera repetición de técnicas, todo lo contrario. Ya desde la década de 1950, los artistas contemporáneos de los incipientes estados de mayoría musulmana incorporaron la caligrafía en un discurso de arte moderno de cariz occidental. Reflejo de una mayor necesidad de explorar la identidad después del zarandeo colonial, los artistas atraídos por las propuestas de las vanguardias europeas se adentran en el mundo tradicional para dar frutos inesperados y muy interesantes. Líbano, Irak o Sudán se convierten en centros para experimentar la confluencia estética de tradición y modernidad, donde se prioriza la construcción de una identidad colectiva herida por encima de la ruptura con el pasado o con las convenciones sociales. Con el tiempo, y especialmente desde el 11-s, muchos de estos artistas se han convertido en portavoces de un islam que valora la belleza y la tolerancia ante un discurso imperante de fanatismo y terror.

La conciencia del calígrafo

Más allá de la propuesta estética, el arte de la caligrafía tiene un alto contenido simbólico y espiritual, donde el cálamo vacío canaliza el fluido de la tinta que da vida a la palabra, del mismo modo que de la flauta de caña, al soplarla, se extrae música y el cuerpo humano canaliza el hálito divino.

Hassan Massoudy (nacido en Irak en 1944) es uno de los calígrafos más conocidos por sus propuestas renovadoras, y ha acercado este arte a públicos muy diversos de todo el mundo. El debate entre tradición y modernidad se equilibra constantemente en su trabajo, como él mismo afirma: "Si la caligrafía contemporánea de la conquista del espacio no puede trabajar como en el tiempo de las caravanas, no por eso rechaza el diálogo constante con sus predecesores. Se tienen que superar las reglas establecidas después de haberlas seguido. De una composición debe desprenderse algo de inefable, de impalpable, de fuerza, al margen de cualquier norma. En nuestro tiempo, donde predomina la rapidez y la rentabilidad, la caligrafía continúa siendo un arte lleno de paciencia, y no puedes saltarte las etapas. Necesitas muchos años de aprendizaje y tienes que

asimilar toda la cultura relativa a su arte. Un árbol frutal se desarrolla lentamente y extrae en la tierra la savia que hará madurar la fruta y le dará el sabor, el color y el perfume. Es así cómo el calígrafo madura su trabajo. El ejercicio hace surgir el saber lentamente, estibado en las fibras de su cuerpo, y libera miles de matices”. Massoudy insiste en la conciencia del calígrafo: “El saber y el estado de ánimo del calígrafo se orientan, se concentran y convergen en la punta del cálamo, allí donde nace el punto, el trazo, la palabra. Se funde completamente en la tinta para renacer en el extremo de su cálamo. Su capacidad de retener la respiración queda reflejada en la calidad de su gesto. Durante su formación aprenderá a dominar la respiración. La concentración requiere un vacío visual y auditivo, es una apertura hacia otra visión, más nítida. Se requiere gran cantidad de energía interior que sólo una buena concentración puede canalizar para después liberarla. Una caligrafía contiene en sustancia la energía del calígrafo y nos transmite sus vibraciones secretas por las curvas, los entrelazados, la oposición de las letras y su dinamismo o estatismo”.

Del cálamo al spray

Del mismo modo que hace unas décadas los artistas nacidos en esta tradición combinaron la caligrafía con el arte de vanguardia, algunos jóvenes inmersos en la cultura urbana globalizada han decidido emplear el graffiti para desarrollar este arte tradicional, dando como fruto el llamado caligraffiti. Uno de sus máximos representantes es el Seed (nacido el 1981 en Francia de familia tunecina). El verano del 2013 inició el proyecto Lost walls, que la editorial alemana From here to fame acaba de publicar en formato libro. Empujado por la apertura del espacio público que significó la revolución en Túnez, el Seed emprendió un viaje por el país de su familia para intervenir con su arte en pueblos, ciudades y también en pleno desierto. Alejado de los tópicos que rodean el graffiti (antisocial, egocéntrico, endogámico...), el Seed explica en el libro la íntima relación que mantuvo con los vecinos de las zonas donde intervenía, buscando la cohesión social en un país donde todo está por reconstruir. “Pintar en la calle es una excusa para conocer gente e intercambiar ideas. Cada paso que hago aumenta mi deseo de moverme hacia otra ciudad, necesitado de conocimiento y experiencias.” Huyendo de los debates entre seculares y fundamentalistas que vive la sociedad tunecina, quiere hacer de la palabra lugar de encuentro y reconocimiento colectivo. Así, cuando el imam de la mezquita de Gabes, la ciudad de sus antepasados, le pidió que pintara el alto minarete de 47 metros, el Seed vio en el caligraffiti una herramienta fundamental de sensibilización: “Quería crear una invitación abierta para todo el mundo, sin importar su procedencia u opinión, para reunirnos y trabajar por la comprensión mutua, con respeto. Por eso escogí un versículo del Corán muy significativo: *Os hemos hecho pueblos y tribus diferentes porque reconozcáis las diferencias y la igualdad de los unos y de los otros*”. Casando la dimensión espiritual de la caligrafía y el aspecto social del graffiti, las nuevas generaciones se han hecho un lugar en las tendencias globales, sin abandonar las raíces ni el compromiso ético-estético.